

Mujeres mayas en Yucatán: experiencia participativa en una organización productiva

Maya women in Yucatan: participative experience in a productive organization

Amada Rubio-Herrera/ alexarhm@yahoo.com

Universidad Nacional Autónoma de México, México

María Teresa Castillo-Burguete / castillo@mda.cinvestav.mx

Instituto Politécnico Nacional, Unidad Mérida, México

Abstract: We present the results of a research related to the participative experience of a group of Maya women named: *Múuch Meyaj Ko'olelo'ob* (MMK), informing about the impact and changes caused in the women's life through a university-run program. We apply a qualitative methodology. The group was formed by the National System for the Integral Development of the Family (DIF) in 1997, and since its beginnings, the members have joined to produce and commercialize "horchata" (rice drink). The members of the group interacted with external agents, in particular with the Academic Program for Sustainable Development in Southern Yucatan (PADSUR) of the Autonomous University of Yucatan (UADY). Through the analysis, we demonstrate how this participative process is reflected in transformations identified at personal levels by the women; they value the experience of working in the group, because it has allowed them changes in their gender relationships, even though participation has increased their workload.

Key words: rural women, productive organization, external agents, training, transformations.

Resumen: Presentamos resultados de investigación sobre una experiencia participativa de un grupo de mujeres maya-yucatecas: *Múuch' Meyaj Ko'olelo'ob* (MMK), dando cuenta del impacto que las intervenciones de un programa universitario tienen en la vida de ellas. Utilizamos un enfoque y técnicas cualitativas. La agrupación se integró como parte del fomento a empresas sociales de mujeres rurales, emprendido por el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) en 1997. Desde el inicio, sus integrantes se reunieron para producir y comercializar concentrado de horchata; interactuaron con agentes externos, sobresaliendo el Programa Académico de Desarrollo Sustentable en el Sur de Yucatán (PADSUR) de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY). Mostramos cómo este proceso se refleja en transformaciones personales identificadas por las mujeres, quienes valoran esta experiencia por posibilitar cambios en sus relaciones de género, aunque se ha incrementado su carga laboral.

Palabras clave: mujeres rurales, organización productiva, agentes externos, capacitación, transformaciones.

Introducción

En municipios del sureste yucateco, algunas organizaciones de mujeres rurales se han agrupado para obtener recursos económicos mediante actividades en común, y así “salir adelante”. El acompañamiento y asesoría recibidos han emanado de varias fuentes, sobresaliendo instituciones educativas y organizaciones no gubernamentales (ONG), cuyos objetivos buscan promover grupos productivos para incidir en el desarrollo endógeno.

Pese al acompañamiento de agentes externos a las organizaciones fomentadas, la investigación sobre el impacto de las intervenciones en la vida de las mujeres es escasa. Esto es relevante por estar ligado con la efectividad de sus acciones y su posible replanteamiento, lo que pudiera reflejarse en las condiciones de vida de las integrantes. El tema presentado vincula agentes externos y mujeres en torno a las relaciones de género, y la importancia de nuestro trabajo radica en ser un estudio de caso que da cuenta de un grupo de mujeres, *Míuch Meyaj Ko'olelo'ob* (MMK), organizadas como estrategia para generar recursos económicos y coadyuvar a la economía familiar, enfatizando el vínculo que estableció con la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), a través del Programa Académico de Desarrollo Sustentable en el Sur de Yucatán (PADSUR).

Esta articulación sugiere que si bien el grupo no fue formado por la UADY, hubo un compromiso de la universidad para asesorar y acompañarlo de forma constante y planeada de acuerdo con las necesidades identificadas desde la perspectiva de las mujeres, posibilitando mayor aceptación de los contenidos temáticos ofrecidos por la universidad.

En estas líneas nos centraremos en la experiencia organizativa de MMK a partir de su interacción con el programa universitario de desarrollo PADSUR. La interrelación implicó que las integrantes del grupo tuvieran capacitación periódica, con metodología participativa, incluyendo al género y empoderamiento como líneas transversales y relacionadas con los aspectos organizativos de la agrupación. Lo anterior nos permite abundar sobre el punto de vista de las participantes, al señalar transformaciones en el ámbito personal por la intervención universitaria y lo que la inclusión en el grupo productivo les ha significado.

Las organizaciones de mujeres rurales

La revisión bibliográfica sobre organizaciones productivas de mujeres muestra la vinculación con el caso que planteamos. Desde la década de los setenta,

el estudio de las mujeres rurales ha partido de diferentes temáticas, destacando las aportaciones de género (Cervera, 1998: 219; Martínez, 2000: 18; Martínez *et al.*, 2005; Zapata y Suárez, 2007: 593) y evidenciando la importancia de sus contribuciones económicas para el mantenimiento y reproducción de sus grupos familiares; además de documentar las condiciones laborales, a menudo desiguales, en las que se insertan las mujeres.

Las organizaciones de mujeres rurales han sido objeto de estudio desde diferentes perspectivas, sobresaliendo el empoderamiento de sus integrantes y las contribuciones al desarrollo comunitario a partir de su incorporación (Cervera, 1998: 218). Uno de los aspectos más abordados y que ha generado interés en las investigaciones, es el tipo de cambios en las tres dimensiones que según Rowlands (1997) comprende el empoderamiento: personal, relaciones cercanas y colectivas; y cómo inciden, sobre todo las relaciones cercanas, en la vida de las mujeres (Pérez y Vázquez, 2009: 190; Aguilar *et al.*, 2008). Se sabe que las experiencias de mujeres organizadas en torno a proyectos productivos pueden ser diferentes según sus expectativas, obstáculos y facilidades encontradas durante el desarrollo de la actividad que las reúne (Cervera, 1998: 216-217).

Estudiar las organizaciones de mujeres rurales lleva a preguntarnos sobre su origen. La presencia de organizaciones de mujeres campesinas en México, a partir de los años setenta y ochenta, en los inicios de los estudios de género, responde a una lógica que busca mejorar las condiciones de vida de la sociedad rural, mediante la incorporación de las mujeres a la producción (Kabeer, 1998: 29-37; Talamante *et al.*, 1994). A menudo esta incorporación ha estado centrada en enfoques como Mujer en el Desarrollo (MED) y Género en el Desarrollo (GED), que convergen en su interés por promover a las mujeres hacia el desarrollo, principalmente si están en condiciones de pobreza (Enríquez *et al.*, 2003).

La propuesta de GED es quizás la que más eco ha tenido, porque buscó el desarrollo equitativo y sostenible donde participarían hombres y mujeres; retomó el problema de las relaciones desiguales de poder, la equidad entre los géneros y los elementos económicos, políticos y culturales que pueden propiciar la participación colectiva y la gestión conjunta en proyectos (Pérez y Vázquez, 2009: 188). Este enfoque también considera que el empoderamiento de las mujeres puede lograrse al incursionar en organizaciones sociales que las lleven hacia procesos autogestivos (Kabeer, 1998).

En esta dirección Martínez *et al.* (2005) señalan que las organizaciones de hombres y de mujeres surgen a partir de dos coyunturas: por la iniciativa de los propios participantes, donde hombres y/o mujeres se aglutinan según

motivos en común; y otra desde las políticas estatales que han fomentado la creación de grupos para actuar según las estructuras gubernamentales, donde las mujeres destacaron por su presencia o por haberlos encabezado (Martínez *et al.*, 2005). En ambos casos ha sido la división de las actividades por género, lo que aseguró la participación femenina en programas de desarrollo. Algunos programas no consideraban que la mujer ya estaba incorporada a la economía mediante las actividades productivas y reproductivas, bajo un esquema no remunerado y fundamental para mantener la unidad doméstica (Kabeer, 1998: 11-12; Martínez, 2000: 43).

La apuesta al modelo neoliberal en México y el abandono del Estado al campo evidencia la participación de las mujeres indígenas en actividades productivas, abarcando su inclusión en programas de políticas públicas (Canabal, 2006: 27- 30). Un panorama más amplio muestra que ante la crisis de las economías rurales basadas en las actividades agropecuarias, surge la necesidad de que la unidad familiar diversifique sus actividades para obtener ingresos que aseguren su reproducción (Canabal, 2006: 21; Ramírez, 1998: 301).

El caso de las mujeres mayas de Yucatán no ha sido diferente al de otros sectores rurales del país. Diversas investigaciones han mostrado las estrategias que han desplegado para hacer frente al retiro del apoyo del Estado al campo y a la aplicación de políticas neoliberales de desarrollo (Aguilar *et al.*, 2008; Labrecque, 2009; Rejón, 1998). Estas estrategias refieren a su mayor incorporación a la economía, diversificándola y contribuyendo a la economía familiar.

Por ejemplo, Labrecque (2009: 40) señala que en Yucatán la presencia de las mujeres en la industria de la maquila responde a la depauperización de la zona henequenera y al papel del Estado en la creación de nuevas propuestas de desarrollo en una zona que poco a poco quedaba en el abandono. La presencia de mujeres en las maquiladoras se relaciona con la industrialización del campo, acentuándose después de la firma del TLCAN, dando paso a la conversión de amas de casa a obreras, posibilitándoles mayor presencia en el espacio público (Labrecque, 2009: 43).

Rejón (1998) señala otra de las estrategias de subsistencia de mujeres rurales en Yucatán: elaborar bordados y prendas de vestir para el mercado turístico. Muestra la importancia de esas actividades para satisfacer demandas del hogar, principalmente de los hijos pequeños, y las repercusiones en las relaciones de género. El trabajo de Aguilar *et al.* (2008) muestra que la incorporación de mujeres mayas en proyectos de desarrollo es una opción económica ante la crisis del campo, pero los esfuerzos femeninos para reproducir sus unidades domésticas no siempre consiguen cambiar condiciones de

vida. Ese estudio muestra que el proceso de autonomía y empoderamiento de las mujeres está plagado de dificultades.

Desde esta perspectiva se evidencia que las mujeres indígenas han diversificado sus actividades productivas y, en algunos casos, se agruparon con otros actores para organizarse mediante un proyecto. Esta situación la ubicamos en lo que Zapata y Suárez (2007: 593) muestran: la visibilización de las mujeres se da en la medida que ocupan espacios antaño vedados para ellas.¹

Pese a que las mujeres rurales han ocupado nuevos espacios de participación, es claro que mantenerlos ha implicado retos y nuevas responsabilidades que no todas consiguen sobrelevar. Estos obstáculos pueden ser diversos, uno es que los proyectos productivos promovidos desde fuera a menudo significan intensificar las actividades de las mujeres, resultando en la sobrecarga de trabajo (Talamante *et al.*, 1994; Zapata y Suárez, 2007: 596), lo cual las lleva al desgaste físico y emocional. Otro es que estos proyectos incluyen una visión distinta a la de las destinatarias, de tal forma que plantean nuevas relaciones, retos y responsabilidades no del todo aceptadas e interiorizadas como se pretendería. Martínez *et al.* (2005) muestran una serie de problemas recurrentes en las organizaciones de mujeres, haciendo énfasis en la escasa capacitación técnica- administrativa que reciben y en su situación desventajosa al insertarse en los mercados.

Lazos (2004: 119) considera que si bien las organizaciones de mujeres rurales pueden encontrar obstáculos al ejercer sus actividades, tienen como fortaleza que sus integrantes cuentan con experiencia grupal o de participación colectiva. Esto las sitúa en un escenario distinto al de otras mujeres que carecen de ella y resienten más su situación como un sector de mayor marginación y pobreza del campo.

Esto último es relevante y concordamos con la idea de que las mujeres rurales participantes en organizaciones pueden tener como característica esta experiencia grupal. Sin embargo, estar adscritas a una agrupación no las ubica automáticamente en una situación favorable. Coincidimos con Ramírez (1998: 295) en tanto que la incorporación de mujeres a proyectos pro-

1 Con ocupar espacios antaño vedados para las mujeres, Zapata y Suárez (2007) refieren que las experiencias organizativas posibilitan que las mujeres salgan del ámbito doméstico y se integren a la esfera pública mediante la gestión de recursos, comercialización de sus productos y construcción de redes de mercado. Esto se explica a partir de que el terreno de lo público ha sido, desde la literatura de género, asociado con lo masculino, y los grupos organizados al igual que otras formas de empleo femenino, han posibilitado que las mujeres incursionen en este espacio público que por mandato social, no les correspondía.

ductivos “no es una experiencia suficientemente profunda ni personal” como para modificar valores, identidades y condiciones de vida, al menos no en el corto plazo.

Esto no implica que las acciones dirigidas hacia organizaciones de mujeres no impulsen cambios; hay ejemplos sobre las transformaciones que la participación femenina en estos grupos ocasiona y se reportan en dos sentidos. Uno refiere al acceso a recursos materiales, y otro a las identidades de las participantes (Chablé *et al.*, 2007; Rejón, 1998: 287).

En este contexto las agrupaciones de mujeres han llamado la atención de ONG, instituciones gubernamentales y agencias diversas. Impulsarlas ha supuesto, para agencias de financiamiento y promotores de cambio, un avance en la construcción de sujetos sociales locales y microrregionales hacia la autogestión ciudadana del desarrollo sustentable (Rubio y Rosales, 2008: 398). Por esto se ha asumido de manera explícita e implícita la importancia de las cooperativas de mujeres en estos procesos, reconocida por los organismos internacionales que financian programas de desarrollo y privilegian la inclusión del enfoque de género.

Para el caso de la universidad, promover organizaciones de base es lo que García y Mondaza (2002) debaten como una dimensión poco considerada y ejecutada. Para ellos el papel de la universidad ha de transpasar el plano de la producción académica y ocuparse de resolver problemas sociales, de las relaciones entre individuos, grupos y sociedades.

La experiencia que presentamos no ha sido ajena a la dinámica anterior, está inmersa en los antecedentes esbozados y tomaremos como ejes teóricos las nociones de género y empoderamiento de Kabeer (1998), Rowlands (1997) y Martínez *et al.* (2005), porque son elementos constantes en las investigaciones sobre grupos productivos de mujeres y contribuyen a explicar su situación. Nos permitirán comprender mejor la experiencia analizada al ser dos de las dimensiones presentes en el enfoque GED.

Metodología

Partimos de la tradición metodológica cualitativa utilizando investigaciones sobre género y mujeres organizadas a partir de proyectos productivos. Nuestra investigación es un estudio de caso, tradición metodológica relevante para aproximaciones de corte cualitativo, su empleo permite investigar la particularidad y complejidad del caso mismo, profundizando en la situación investigada (Arzaluz, 2005: 118-119). La agrupación de seis mujeres, estudiada

a partir de su vínculo con PADSUR, constituye nuestra unidad de análisis, aunque también obtuvimos información sobre personas ligadas con ella, organizando los datos para dar un contexto más amplio y profundo del caso.

Las técnicas de investigación fueron: entrevistas semiestructuradas y observación participante. Realizamos 29 entrevistas a 21 personas, con algunos sólo una, con la presidenta y tesorera tres² y a las cuatro socias restantes se les aplicaron dos guías de entrevistas. En total, para las integrantes de la organización se aplicaron 14 entrevistas enfocadas en su historia familiar, personal, incorporación a la organización y funciones en ella.

Cinco entrevistas más se aplicaron a los esposos de las mujeres. Se abordó sobre sus familias y afiliación de las esposas al grupo. Dado que las integrantes del grupo son seis y una no tiene pareja, a cada esposo se le aplicó una guía de entrevista. Otras cinco entrevistas fueron con ex integrantes de la organización que accedieron a explicar sus experiencias en el trabajo grupal. Por último realizamos cinco entrevistas en profundidad con asesores vinculados al grupo, quienes consintieron explicar el proceso de acompañamiento y asesoría brindados.

La información se procesó de acuerdo al análisis de contenido, elaborando una síntesis e interpretación de los datos a partir de una pregunta concreta (Fernández, 2002: 38). Se crearon bases de datos empleando categorías temáticas para clasificar la información. Los nombres incluidos en los testimonios de este estudio han sido cambiados para guardar la confidencialidad de los y las participantes.

Lugar de estudio

Realizamos el estudio en Chacsinkín, municipio de la microrregión sur de Yucatán, que el Censo de Población y Vivienda 2010 reporta con 2,818 habitantes (1,417 hombres y 1,401 mujeres). La jurisdicción político-administrativa comprende la cabecera municipal y las localidades de Xbox e Xnohuayab (Inegi, 2011). Las actividades relacionadas con el sector primario predominan en la población; la milpa es la principal actividad productiva, combinada con apicultura y labores en los traspatios. Las generaciones recientes buscan alternativas económicas y migran al Caribe mexicano o a Estados Unidos, regresando periódicamente a su comunidad (Rubio y Rosales, 2008: 397).

2 Por cuestiones de tiempo a la secretaria del grupo no le fue posible concedernos una entrevista más.

La zona donde se ubica Chacsinkín es de alta marginación (Rosales y Rubio, 2005: 150). La población conserva rasgos culturales maya-yucatecos como la lengua, vestimenta, organización familiar y prácticas rituales asociadas a la milpa o a ciclos en la vida de los moradores. Ruz (2002: 29) llama a esta área “zona nuclear maya”, porque muestra un fuerte predominio indígena denotado en las características mencionadas. En la comunidad destacan once grupos organizados, seis formados por mujeres. Sus actividades van desde la elaboración de productos agroindustriales como concentrado de jamaica, horchata³ y tablillas de chocolate, hasta la confección de prendas de vestir bordadas con la técnica de hilo contado, y la cría de ganado.

La organización productiva y el Programa Universitario

MMK surge en 1997, a partir de políticas públicas que fomentaron la creación de grupos para realizar acciones planteadas desde las estructuras gubernamentales. Han recibido asesorías de agentes externos como: el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), una ONG local y el PADSUR. Actualmente ya no son asesoradas y sólo se reúnen cuando van a producir horchata o a tratar algún asunto de la organización.

El DIF inició el fomento de grupos productivos en la región, convocando a mujeres con interés en participar en proyectos. La idea era que a través de ellos las mujeres obtendrían ingresos para el bienestar familiar. La respuesta fue la conformación de por los menos cinco organizaciones de mujeres para urdido de hamacas, repostería, costura, bordado y elaboración de horchata. Al inicio, el grupo dedicado a la producción de horchata se formó por aproximadamente 15 mujeres. De todas las organizaciones integradas a partir de la convocatoria del DIF, sólo MMK continúa activa, las otras desistieron al poco tiempo de su formación. A decir de la ex presidenta del DIF, estas últimas querían disponer en corto tiempo de recursos económicos; no contemplaron que los procesos de capacitación son prolongados. Más adelante ofreceremos algunas ideas sobre por qué sólo MMK subsiste.

Las integrantes y ex socias de MMK explicaron que iniciaron el grupo porque les atrajo la idea de producir horchata, sobre todo porque obtendrían recursos para sus familias, los cuales les permitirían a los hijos e hijas “salir adelante”. Si bien empezaron a trabajar unidas para tener acceso a los recursos monetarios, al estar en la organización vislumbraron que hacer horchata era algo que les gustaba, por ser una actividad diferente para ellas y la comunidad.

³ La horchata es una bebida preparada con arroz, canela y azúcar molidos.

Ah, pues, de antes nosotros no teníamos nada, vivíamos con mi suegra, de verdad, nada... Y no me desanimé (de producir horchata...) aunque sea un poco lo que yo gano ahí, sirve. Nosotros teníamos que hacer algo para ayudar al esposo, no es sólo, ¿cómo le diré?, gastarlo (el dinero) en cosas que no le sirve a uno... pues salir adelante ¿no? por eso inicié y seguí en el grupo (Pilar, 36 años, 2009).

Los primeros meses de trabajo del grupo implicaron ajustes en el ámbito personal de las socias. Todas tuvieron que reestructurar sus actividades cotidianas, sobre todo para el cuidado de los hijos e hijas y el mantenimiento del grupo doméstico; para ello delegaron responsabilidades en otras mujeres de la familia: hijas, madres o suegras. Algunas participantes se sobrecargaron con actividades y cayeron en la llamada doble jornada. Refirieron que estos arreglos al interior del grupo doméstico les permitieron mantener lo que consideraban sus deberes, aunque al exterior de la unidad familiar recibieron críticas por las implicaciones concomitantes a la producción de horchata: eran vistas como transgresoras de un sistema que privilegiaba que las mujeres realizaran tareas relacionadas con el ámbito familiar. Ante esta presión, nueve de las 15 socias iniciales dejaron la organización.

La presión del marido fue clave para que algunas dejaran el grupo. Las ex socias entrevistadas señalaron que sus esposos no estaban convencidos de la conveniencia de participar en la producción de horchata; en varios casos les restringían salir. Enfatizaron que las decisiones para dejar la organización también estuvieron motivadas por las condiciones en las que trabajaban y porque descuidaban a los hijos e hijas pequeños, como lo ilustra este testimonio:

Pues si hay frío, haiga frío o no haiga frío, nosotros tenemos que ir así, a esa hora (tres de la madrugada). Le digo: ya no (voy), qué tal si me empieza a dar reuma, ya no quiero, le digo. Todavía están chiquititos mis hijos, le digo, quién lo va... quién va a hacer su comida de mis hijos si me llego a enfermar, le digo, mejor no voy a seguir. Además ya los estoy descuidando (Tere, 40 años, 2008).

Quienes permanecieron en la organización señalan que lo hicieron no tanto por los recursos monetarios, sino porque el grupo ya era parte de sus actividades cotidianas, un espacio conquistado que no estaban dispuestas a perder y menos por motivos infundados. Las socias que permanecen señalaron que ante las críticas vividas y la presión del esposo desearon abandonar el grupo; poco a poco sus visiones cambiaron cuando la opinión pública del poblado reconoció su labor y las catalogó como mujeres trabajadoras.

El DIF, como institución encargada de promover a la organización en sus inicios, arregló que una promotora maya-hablante proporcionara al grupo

asesoría técnica para preparar el producto; durante cuatro años las socias se reunían cada semana. Socias y ex integrantes recordaron que a medida que la promotora local las asesoraba veían más irreal la posibilidad de obtener recursos económicos produciendo horchata. Esto las motivó a aprender cómo elaborarla. Para las socias actuales la asesoría dada por la promotora sentó las bases para una nueva etapa de actividades: con los y las estudiantes universitarios del PADSUR.

A continuación ofrecemos datos de las socias del grupo, y cuando sea pertinente aludiremos a las ex socias. Las seis integrantes de la organización son originarias del municipio de Chacsinkín y residen ahí, su lengua materna es el maya-yucateco, se autoidentifican como amas de casa, y, salvo una, las demás tienen pareja. El promedio de edad es de 40 años, el número de hijos e hijas oscila entre uno y siete; la mayoría guarda relaciones de parentesco entre sí y todas recibieron las asesorías del PADSUR.

La historia de MMK se asemeja con otros casos de mujeres participantes en asociaciones. Pérez y Vázquez (2009: 199-200) reportan la dificultad de algunas mujeres tabasqueñas para controlar su libertad de movimiento cuando ésta depende del marido. Zapata y Suárez (2007: 612) enumeran los obstáculos enfrentados por artesanas de diez organizaciones, como la sobrecarga laboral y la escasa disposición de las parejas para asumir responsabilidades que consideran femeninas. Otro aspecto representativo es la contradicción que viven las mujeres al participar en los grupos: por un lado, están satisfechas de sus logros personales, y, por el otro, les resultan conflictivas las presiones y críticas al interior o fuera de la familia (Cárcamo *et al.*, 2010). El caso de doña Tere ejemplifica esta idea, en tanto ella sentía que dejaba de lado una de sus obligaciones socialmente establecidas: el cuidado de hijos e hijas.

El PADSUR fue un programa creado en 2001 por la UADY para “fortalecer las funciones sustantivas de la universidad (docencia, investigación y extensión) a través de la generación de espacios de aprendizaje para la formación integral de sus estudiantes” (PADSUR, 2006: 2). PADSUR trascendía la formación en el plano académico de sus estudiantes, buscaba que contribuyeran para cambiar las condiciones de vida de grupos vulnerables en una zona marginada, mejorar las condiciones de existencia de hombres y mujeres. Se planeaba insertar estudiantes en servicio social, prácticas profesionales o en proceso de elaboración de tesis en los proyectos del PADSUR.

Éste dividió en varias áreas el proceso de acompañamiento, trabajando con niños, jóvenes y adultos, hombres y mujeres. Cada área era coordinada por un especialista en procesos comunitarios y estaban en contacto directo con la coordinación general del programa. Los temas abordados provenían

de diagnósticos participativos, de necesidades que la misma población identificaba; de propuestas surgidas desde las bases (PADSUR, 2006). La organización MMK fue clasificada por el programa universitario en el área de empresas sociales, y si bien ya estaba conformada cuando el PADSUR comenzó a operar en la zona, integrantes de la organización, estudiantes universitarios y coordinadores, decidieron qué aspectos laborales abordar. Otras empresas sociales de hombres y mujeres fueron conformadas por PADSUR, procurando que las actividades fueran significativas para la economía de la región y reflejaran los saberes locales: como el urdido, bordado, apicultura y las agroindustrias. Aquí sólo daremos cuenta del vínculo universitario con MMK.

El objetivo del PADSUR para el área de empresas sociales era promoverlas hacia su organización y autogestión, para mejorar el nivel de vida de sus integrantes y, a su vez, contribuir al desarrollo de la microrregión (PADSUR, 2006). El objetivo se cubriría mediante un modelo de asesoría integral que englobaría aspectos productivos, organizativos, financieros y comerciales; los estudiantes fungirían como los facilitadores del proceso.

Durante cinco años PADSUR ofreció asesorías quincenales a las integrantes de la organización. Cada semestre se programaban las actividades, considerando sesiones temáticas sobre género, empoderamiento y autogestión. La metodología utilizada por los y las estudiantes era participativa, presentaban los temas en español y en maya, si había personal bilingüe; se reconocían habilidades, capacidades y conocimientos locales.

Un aspecto importante fue la capacitación de los y las estudiantes en teoría y metodología social, llevada a cabo por personal especializado de la propia universidad. Se procuraba que esta capacitación fuera continua, y tenían acceso a materiales bibliográficos para profundizar temáticas y preparar sesiones con las señoritas. En las reuniones se buscaba la participación activa de las socias, se procuraba que las sesiones fueran amenas. En las juntas era común mostrar conceptos asociándolos a situaciones cotidianas de las integrantes del grupo; se hacía por medio de lluvia de ideas, preguntando los significados de términos como equidad de género, autogestión y empoderamiento. Las respuestas de las mujeres eran trasladadas a la vida diaria y del grupo.

Es importante recordar que entre las líneas temáticas transversales del PADSUR se encontraba el género e implícitamente el empoderamiento femenino. Se buscaba construir procesos de desarrollo participativos que llevaran a las mujeres hacia un empoderamiento, como agentes de cambio y fueran capaces de decidir por sí mismas el destino de sus vidas y acciones. PADSUR basó su intervención en los planteamientos de GED, buscando disminuir la desigualdad intergenerica, revertir la subordinación femenina y construir un

proceso horizontal con las mujeres, llevándolas hacia otro con carácter auto-gestivo (Pérez y Vázquez, 2009: 188).

Después de seis años de acompañamiento, el PADSUR fue cerrado en 2007. A pesar de ello, dos ex coordinadoras continuaron asesorando puntualmente a las organizaciones con quienes habían creado un compromiso, incluyendo a MMK.

Principales logros y obstáculos

Según lo señalado por las integrantes de la organización, ubicamos en dos niveles sus principales logros. Consideran las transformaciones por el contacto con “los estudiantes” del PADSUR, porque a partir de éste tuvieron la oportunidad de conocer y analizar diversas temáticas. Relacionan algunos logros con sus propios esfuerzos, destacando haber permanecido en la organización por más de una década. Les resulta muy claro que eso les ha facilitado tejer una red de relaciones con agentes e instituciones externas a la comunidad. El primer nivel es el personal, porque participar en la asociación les posibilitó acceder a una serie de conocimientos y herramientas que impactan en sus relaciones de género y autonomía. El otro nivel refiere al del grupo, alude los aprendizajes y logros colectivos. Como todas afirmaron, éstos difícilmente los hubieran alcanzado de forma individual.

Para abordar la temática de las transformaciones identificadas en el nivel personal, partiremos de lo inmediato, dando un breve panorama de las actividades en el ámbito doméstico. Las mujeres desempeñan en su totalidad esas actividades; a veces cuentan con el apoyo de sus hijos e hijas, esposos, cuñadas o suegras. Para todas las señoras el ámbito doméstico se extiende al cumplimiento de otras actividades fuera del hogar, como el trabajo en la milpa, comercializar productos del solar y asistir a reuniones convocadas por instituciones federales y religiosas. Socias y ex socias dijeron que antes de ingresar efectuaban actividades inherentes al hogar y participaban continuamente en reuniones convocadas por instancias municipales. Dos de las socias actuales indicaron tener experiencias de trabajo previas con otras organizaciones.

Las participantes enfatizaron que a nivel familiar sus ideas eran escuchadas y sus decisiones respetadas la mayoría de las veces. Destacaron que la opinión de sus maridos era clave para la inclusión y permanencia en el grupo, porque desde temprana edad les enseñaron “a respetar al marido”. Respetar significaba acatar la palabra del esposo en decisiones como la participación en el grupo.

Después de más de trece años de permanecer y trabajar en la organización, las señoras señalaron aspectos que las muestran con mayor autoridad al interior del grupo doméstico, se les escucha y pregunta frecuentemente, su familia tiene curiosidad, quiere saber más de sus actividades. La mitad de ellas comentó que toma decisiones fundamentales sobre la permanencia de hijos e hijas en la comunidad, porque éstos(as) les piden permiso para migrar en busca de empleo al Caribe mexicano. También han iniciado una redistribución de las actividades domésticas, buscando la colaboración de esposos e hijos varones. El cambio en las relaciones de género se aprecia, principalmente, en la toma de decisiones y distribución de actividades domésticas.

Todos los esposos entrevistados añadieron que a partir del trabajo de sus esposas, empezaron a realizar actividades que usualmente no llevaban a cabo. El testimonio de don Vicente es ilustrativo:

... yo me encargaba de algo de la cocina, como que desde que se pasó aquí, nos empezamos a entender, nos llevamos bien, yo le ayudaba, a veces si no tiene tiempo (para) hacer, yo me pongo a cocinar si no, lavo el nixtamal cuando está enferma. Lo que sí, llevarlo al molino eso sí que no, pero sí la ayudo en la cocina; hasta la fecha (Vicente, 43 años, 2009).

Podemos enmarcar esta cita en lo que autores como Martínez *et al.* (2005: 273) señalan, en que al participar las mujeres en actividades como las del grupo, los hombres también se benefician porque pueden “permitirse nuevas experiencias emocionales”. Asimismo, las mujeres concordaron en que las relaciones comunitarias que establecen con hombres y mujeres han cambiado: “...como que te respetan más porque saben que estás trabajando, te toman más en cuenta” (Matilde, 39 años, 2009). Esto también se extiende hacia los planos de relación con las autoridades municipales, quienes las consideran y apoyan con insumos para la producción.

Otro ámbito de transformación de las relaciones de género se observa en los ingresos que las mujeres obtienen por la producción de horchata, éstos son administrados en su totalidad por ellas y deciden en qué invertirlo. Esta situación fue algo nuevo, a partir de que empezaron a recibir dinero por su trabajo en el grupo, previamente sólo disponían de los recursos que sus maridos les entregaban: “...y eso sí era distinto, peso que gasto, peso que digo en qué se fue” (Luisa, 42 años, 2009). La obtención de recursos económicos mediante la actividad productiva y su empleo para satisfacer necesidades domésticas guarda relación con lo que las mujeres identifican con “salir adelante”, con ganarse la vida. Al respecto:

Le digo, cuando nos reparten así le digo a mi esposo: *aista* el dinero, le digo. “Pues es tuyo”, me dice, “¿no tú lo ganaste?”, me dice. ¿Y qué vamos a comprar? “No sé, eso tú lo vas a ver”, me dice. Decido y a veces compro su ropa de la niña, o si no, compro sus zapatos... a veces para la comida; algo así le digo, mejorar, ir adelante (María, 38 años, 2009).

Como consecuencia del manejo actual del dinero que ganan, la mayor parte de las mujeres se consideran capaces de “conducir” (recordando el término de *autogestión* que vieron con los y las estudiantes universitarios) a su familia, y organización, no sólo por los recursos económicos que aportan, sino porque pueden externar sus sentimientos sin ser tachadas de “locas”. La mayor parte de las socias dijo que participar en el grupo les ha permitido conocer temas, como el de la igualdad entre hombres y mujeres, que posteriormente conversan con hijos y esposos.

Las mujeres consideran que todos los cambios experimentados se dieron por pertenecer y participar en las actividades del grupo, incluyendo las capacitaciones de los y las estudiantes universitarios y sus aportaciones periódicas en recursos económicos a la familia. Afirman que lo anterior ha posibilitado que sus opiniones sean más escuchadas y consideradas al tomar decisiones familiares. Valoran y reconocen la importancia de las reuniones temáticas y recuerdan pláticas sobre la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, sin importar su condición étnica ni de género. Esto ha facilitado que se sientan más capacitadas en asuntos de género, porque se saben con derecho a ser tratadas sin discriminación, sin diferencias respecto a los hombres.

Todas reiteran que los mayores aprendizajes derivados de la participación en el grupo han sido: su capacitación en la preparación del concentrado de arroz y, en el caso de las mujeres de la comitiva, la realización de cuentas y registro de los asuntos grupales. Esto último les permitió tener mayor control de los recursos materiales del grupo y vender el producto a “precio justo”, pagando la mano de obra e insumos requeridos. También valoran los viajes para vender su producto; para dos de las participantes esto fue un logro importante porque no conocían otras zonas fuera del poblado donde viven. Además han asistido a eventos donde intercambiaron sus experiencias productivas con otras mujeres: “Hace unos años, cuando viajamos lejos, nos fuimos (y) hablamos con las señoritas, que no se dejen, que luchen por su grupo. Nosotras lo vivimos, fue duro, pero continuamos y pues, seguimos” (Martha, 45 años, 2009).

Obtener capacitación en asuntos de género las llevó a participar más activamente en el hogar, organizándolo y asignando funciones a sus integrantes; la voz de las mujeres es solicitada para aspectos y decisiones que antes

no se les consultaba. Estos elementos se enmarcan en los planteamientos de García y Oliveira (2007: 73), refiriendo que no es la participación en sí lo que genera cambios, sino las implicaciones de ésta en la vida de las mujeres, aludiendo al control de los recursos, el papel de la contribución económica para la reproducción del grupo doméstico y el significado de la experiencia en las participantes.

Si bien las socias de la agrupación identificaron dos espacios a partir de los cuales han experimentado transformaciones “para bien”, también resulta importante conocer lo que consideran como aspectos negativos de esta participación. Las mujeres suelen tener cierto apoyo de algunos miembros de sus familias, y todas coinciden en que sus actividades al interior del grupo doméstico se han incrementado, tienen más carga de trabajo porque continúan efectuando actividades como urdir, bordar, coser y siguen siendo responsables de mantener la unidad doméstica. Con todo esto sus jornadas de trabajo se extienden, ocasionándoles estrés y desgaste físico, porque consideran que tienen compromisos establecidos con el grupo y actividades que no piensan dejar. Desde luego también continúan produciendo para obtener recursos económicos.

Este factor pareciera repetirse en experiencias reportadas, donde la doble jornada y sobrecarga laboral son la contraparte de los logros conquistados por las mujeres (Pérez y Vázquez, 2009: 192; Talamante *et al.*, 1994; Zapatá y Suárez, 2007: 596). Al estar conscientes de ello despliegan estrategias —como cuando empezaron a trabajar en la organización— que les permiten cumplir con todas sus actividades. Algunas responsabilidades las delegan a madres, hijas o suegras o pagan a una persona del poblado para que las supla cuando no pueden ir a producir; siempre acuden a otras mujeres. Desde su perspectiva, lo importante es que encuentran cómo organizarse para seguir participando en la asociación y cumplir con sus otras actividades.

Otro punto relevante son los manejos administrativos internos, porque si bien ahora comercializan el producto en mejores mercados, no ven que se refleje en las ganancias. La rendición de cuentas y transparencia en el manejo financiero son a menudo motivo de problemas que generan desánimo para continuar como parte de la agrupación. El mercado preocupa a las integrantes, porque no todos los clientes pagan el precio justo por el producto, limitando la distribución y amenazando las ganancias. Como pronóstico de esta situación las participantes consideran que en algún momento dejarán de comercializar horchata porque no les redituará.

El proceso de intervención y la organización productiva

A partir de los planteamientos realizados comentaremos algunas ideas. La primera refiere al origen de la organización, en el cual observamos elementos comunes con los de otras agrupaciones de mujeres. En los inicios, su integración responde a políticas nacionales para incorporarlas al desarrollo mediante la realización de actividades generadoras de recursos económicos. Esta idea se enmarca en la propuesta de MED: atender las necesidades de las mujeres pobres que en los setenta empezaban a considerarse como motores de la reproducción de la unidad doméstica, siendo prioritario brindarles mayores oportunidades en materia de educación y capacitación (Enríquez *et al.*, 2003; Kabeer, 1998: 29; Martínez, 2000: 40).

Esta forma de incorporación no fue un impedimento para la continuidad y persistencia del grupo, pues a través de su historia ha interactuado con agentes externos para resolver necesidades técnicas y organizativas; destacando el DIF municipal y PADSUR. A través de la participación con estas instituciones las mujeres obtuvieron asesorías y herramientas útiles según niveles y momentos. Con el DIF la asociación tuvo un vínculo a corto plazo, centrando en la asesoría para preparar el concentrado de arroz. En cambio, PADSUR podría inscribirse en lo que Fisher (1993: 75) ha llamado organización de apoyo, canalizadora de recursos a poblaciones y grupos sociales vulnerables, cuyas búsquedas dan énfasis a mejorar las condiciones de vida de las poblaciones pobres y marginadas.

A pesar de que el PADSUR fue un programa universitario, sus acciones se instauran en los de una agencia promotora del cambio social con enfoque GED, porque pretendía transformar las condiciones de vida de los y las participantes con la implementación de actividades y proyectos. Sus fundamentos de trabajo, como el comercio justo, autogestión, promoción de la equidad de género y desarrollo sustentable y comunitario, son prueba de ello. Para el contexto universitario yucateco, PADSUR es un referente fundamental respecto a lo que Gutiérrez (2006) señala como misión social de la universidad: contribuir al desarrollo de su entorno social y participar en el desarrollo local de las comunidades en donde se ubica. Como institución educativa, la universidad tiene como responsabilidad promover la interacción entre actores y potenciar sus capacidades para la transformación de condiciones que los afectan.

La vinculación universitaria con la sociedad, promovida a través de PADSUR, fue trascendente en las organizaciones que asesoró. En el caso del grupo de mujeres, esta relevancia se reflejó en los aciertos del programa, enfocándose en trabajar los puntos débiles de la organización sobre la capaci-

tación técnica y organizativa, destacando temas sobre autogestión, empoderamiento y equidad de género. Las mujeres recuerdan a estudiantes con un perfil particular: los hablantes de lengua maya; también asocian la presencia estudiantil con eventos de importancia para la actividad productiva. Recuerdan que les enseñaron la fórmula para conservar la horchata, el diseño de la etiqueta de la botella, la realización y posterior aprobación de un proyecto con cuyo financiamiento compraron insumos. Valoran la capacitación técnica y organizativa porque les ha servido en su camino para consolidar su nicho de mercado y las relaciones con otras personas.

Las integrantes de la directiva reiteraron que los mayores logros obtenidos con el programa universitario fueron los relacionados con los costos de producción y venta del producto. La mayoría recuerda temas vinculados con el mantenimiento de la organización, como lineamientos de autogestión, reglamento de producción y funciones para cada participante. Algunas enfatizaron que los estudiantes insistían en la importancia de hablar sobre los problemas grupales, relacionados con la rendición de cuentas, con el fin de evitar conflictos mayores.

Con toda la experiencia organizativa, el grupo de mujeres productoras de horchata no ha dependido de estos agentes externos para continuar su trabajo; se han mostrado capaces de continuar produciendo sin mayor asesoría. Esto no significa que se minimice la importancia del trabajo con PADSUR, que ha sido clave en la potenciación y desarrollo de la organización productiva, si consideramos los beneficios globales. Nos parece importante mencionar que la percepción de las mujeres respecto al retiro del PADSUR fue negativa, destacaron la trascendencia de los aprendizajes grupales y el significado del programa universitario en la historia del grupo. Consideran que el PADSUR tuvo un impacto en sus vidas, vinculado con sus respectivos procesos de autonomía. Los aprendizajes y experiencias derivadas del contacto con el programa son valorados positivamente.

No olvidamos que los aportes económicos de las mujeres contribuyeron con los ajustes en las relaciones de género, ellas mismas reconocen que la organización es un satisfactor económico. Señalaron que participan para recibir retribuciones económicas que les han permitido “salir adelante”, y su continuidad en la agrupación está relacionada con este factor. Nos parece clave retomar el proceso de acompañamiento y asesorías que PADSUR ofreció al grupo. Consideramos que, por sí solos, los aportes económicos de las mujeres no hubieran tenido los mismos efectos en sus relaciones de género sin un constante proceso de reflexión sobre temáticas de género, empoderamiento y autogestión; tópicos que PADSUR les proporcionó.

La literatura ha demostrado que los recursos monetarios aportados por mujeres rurales en asociaciones son importantes para reproducir sus unidades domésticas, y trascendentales para negociar situaciones y condiciones al interior del grupo familiar (Ramírez, 1998: 297; Chablé *et al.*, 2007). No obstante, para nuestro caso proponemos que estas transformaciones que reportan las mujeres no sólo fueron una repercusión de los ingresos aportados, sino de un proceso de reflexión que lograron concretar a partir de su vinculación con la universidad. En este marco podemos afirmar que, a partir del trabajo en grupo, las mujeres han experimentado algunas transformaciones en sus subjetividades. Por un lado, al trabajar en un nuevo ámbito con una actividad diferente a las cotidianas, han incluido retos y responsabilidades. Sus éxitos han contribuido para acrecentar su autoestima y seguridad, reflejados al expresarse en público y comercializar su producto.

Participar en esta organización, aportar recursos materiales a la familia y haber recibido asesorías en temas como género, empoderamiento y autogestión, otorga a las mujeres poder y autoridad al interior del grupo doméstico. Esta autoridad redunda en cierta autonomía y participación en la toma de decisiones en aspectos como la educación de los hijos e hijas, y al delegar responsabilidades en las actividades domésticas. Sin embargo, y a pesar de que los esposos asumen transformaciones en sus relaciones con las esposas, ellas no siempre tienen injerencia en sus opiniones, pues continúan existiendo relaciones desiguales entre los géneros. Pese a que llevan trabajando más de trece años en la producción de horchata, algunas participantes aún son vigiladas y están supeditadas al permiso del esposo cuando tienen que salir a comercializar el producto. Son esas mismas mujeres las que sufren violencia de género y, en ocasiones, prefieren no asistir a producir si saben que a su esposo les incomoda.

Lo anterior pudiera ser reflejo de lo que Martínez *et al.* (2005) han señalado en el sentido de que el problema sigue radicando en las implicaciones de ser parte de una organización: una responsabilidad que favorece el empoderamiento femenino y, por consiguiente, amenaza las estructuras familiares y el ejercicio del poder. Como mencionamos, no podemos ignorar que con la participación de las mujeres, los varones también empiezan a beneficiarse, en tanto pueden experimentar nuevas vivencias (Martínez *et al.*, 2005: 273). El testimonio de don Vicente, presentado en líneas anteriores, es un ejemplo de ello.

Con lo anterior podemos abundar en que si bien nos encontramos con algunas modificaciones y redefinición de papeles al interior de la familia occasionados, principalmente, por el adelgazamiento de la economía, al igual que

Canabal (2006: 26) no soslayamos que son las mujeres quienes cargan con mayores responsabilidades dentro del grupo familiar. La mayor quizá sea la de garantizar la reproducción de la unidad doméstica, con todas sus implicaciones. En este sentido, el espacio doméstico sigue siendo reconocido como el de las mujeres; el apoyo que los esposos, hijos e hijas les brindan, no las exime de lo que socialmente se consideran sus responsabilidades. En ese marco se entiende que estar en la organización productiva ha traído mayores cargas de trabajo a las participantes, lo cual les ocasiona estrés y desgaste físico; una situación recurrente en mujeres que se organizan en torno a proyectos productivos (Talamante *et al.*, 1994; Zapata y Suárez, 2007: 596).

Entonces ¿por qué continúan produciendo? Primero se debe reconocer que la respuesta a esta pregunta se vincula con la importancia real y simbólica que reviste para las mujeres aportar a la economía familiar; significa estar contribuyendo al proceso de “salir adelante”, de cambiar sus condiciones de vida, “de mejorar”, según lo expresaron algunas. Si bien la actividad productiva no es la única realizada por las mujeres para obtener ingresos, sí es la que les permite ahorrar, generar ganancias para comprar insumos familiares en épocas específicas: inicio de cursos escolares, fiesta del pueblo y navidad; ésta es su importancia.

Segundo, el grupo ha llegado a configurar un espacio propio, construido y defendido por ellas. Como señala Soledad González (2002: 181) en su recapitulación sobre la mujer rural de México, participar en proyectos productivos no sólo trae beneficios económicos a las mujeres, también les ofrece un espacio para socializar y vivir una nueva experiencia emocional. Esto mismo sucede con las productoras de horchata, para quienes el grupo es un espacio donde adquieren nuevos aprendizajes, se reúnen, platican y comparten intereses con otras mujeres. La importancia de esta experiencia emocional se encuentra, para nuestro caso, en que es la base para trastocar las relaciones de género. Ha sido el aporte de recursos económicos por parte de las mujeres, más las capacitaciones que recibieron por PADSUR, lo que hace que la experiencia emocional las trascienda como organización y sea el cimiento para replantear sus relaciones de género y búsqueda de autonomía.

Tercero, en la trayectoria de la organización ha sido fundamental el acompañamiento de PADSUR. Este programa cumplió su objetivo en la medida de sus posibilidades, otorgó asesoría y capacitación al grupo de mujeres. Los aciertos del programa se reflejan hoy en día como prácticas y discursos que las mujeres de la organización realizan y reconocen como producto del contacto que tuvieron con “los del PADSUR”. A través de un marco institucional con el programa, se creyó conveniente promover el cambio en las condi-

ciones de vida de mujeres en una zona de alta marginación. A juzgar por las transformaciones a nivel de las subjetividades identificadas por las socias, la aportación principal del PADSUR está en el trabajo participativo, en la elaboración conjunta de metas y actividades con las productoras de horchata; labor que permanece en las mujeres y su organización, que reconocen como trascendental en su continuidad como grupo y las impulsa a persistir.

Es pertinente discutir que la experiencia organizativa de las mujeres no ha sido suficiente para transformar el sistema de género donde se instauran y que las ubica en una situación de subordinación. Coincidimos con Ramírez (1998: 295) en que esta incorporación femenina difícilmente puede modificar valores, identidades y condiciones de vida en el corto plazo. Esto tiene que ver con el hecho de que hay un orden social que mantiene a las mujeres en un papel de reproductoras, subordinadas y marginadas. Cuestionar este sistema y transformarlo es una encomienda compleja, que implica hacer consciente las estructuras de dominación masculinas incorporadas de forma inconsciente por los individuos (Bourdieu, 2000).

Una sola experiencia organizativa no es suficiente para modificar un sistema de género que, incorporado en las estructuras inconscientes, puede ser incuestionable; por ello las mujeres experimentan dobles jornadas y están sujetas a los permisos del varón. Con su actividad transgreden una orden que las ubica en el ámbito reproductivo, y, aún con todos los cambios en sus subjetividades, salir de este espacio conlleva resistencia, principalmente de los varones que son quienes se han beneficiado del sistema de dominación masculina señalado por Bourdieu (2000).

Lo fundamental de esta experiencia es que muestra un sistema de género que se empieza a trastocar por la participación femenina y por las asesorías recibidas de PADSUR; eso se refleja en la contradicción aparente en nuestros resultados. Por una parte, las mujeres tienen logros y cambios en sus relaciones de género, que han dado pie a negociar situaciones y condiciones al interior de la unidad doméstica; y, por la otra, hay resistencias. Estas resistencias responden a la renuencia a abandonar un conjunto de estructuras androcéntricas que han regido a la sociedad.

Conclusiones

En este trabajo dimos cuenta del impacto de las acciones de un programa universitario en la vida de mujeres rurales integrantes de un grupo productivo. Esta organización productiva se formó como estrategia para generar recursos económicos que han permitido “salir adelante” a las participantes, en la me-

dida que obtienen ingresos para satisfacer necesidades del hogar. En su interacción con PADSUR las mujeres recibieron asesorías en diferentes rubros.

La vinculación de los centros educativos universitarios o de investigación con las comunidades ha sido del interés de investigadores e instituciones; Yucatán no ha sido la excepción. Los trabajos de Aguilar *et al.* (2008) y Castillo *et al.* (2008) son una muestra de ello. En la UADY, trabajos como los de Lendechy (2010) y la creación de programas como Hoy en tu Comunidad son parte de esos esfuerzos, relacionados con lo que García y Mondaza (2002: 157) ubican como compromiso de la universidad con el cambio social, con la formación y creación de sociedades más justas y participativas. Se trata de que la universidad no contribuya en la dominación de los grupos marginados, sino de que participe en la erradicación de las injusticias. Sin embargo, el cierre abrupto del PADSUR deja ver que aún se está en un proceso de reflexión y de construcción respecto al compromiso de la universidad con el cambio social y que, a menudo, este proceso implica retrocesos.

En el caso presentado observamos que en la vinculación universidad y grupo de mujeres el diálogo ha jugado un papel trascendental. Paré y Lazos (2003) ubican esta discusión en la antropología de la acción, donde se trata no sólo de ayudar a un grupo de personas, sino de aprender en el proceso. Las autoras reconocen que en la vinculación de la academia con la sociedad marginada, la metodología participativa ha tenido mucho que aportar. Chambers *et al.* (1989, citado en Paré y Lazos, 2003) y Chambers (1994, citado en Paré y Lazos, 2003) señalan que las vertientes participativas se fusionan en tres ideas: *a*) las poblaciones locales son capaces de investigar, analizar y planear; *b*) los agentes externos facilitan los procesos; y *c*) las sociedades marginadas han de tener acceso a la toma de decisiones y poder.

Lo anterior es crucial porque fue en ese sentido como se concibió y aplicó la metodología participativa con PADSUR. Para el caso, podemos analizar la relevancia de que facilitadores y productoras compartieran reflexión, planeación e ideas respecto a dónde dirigir el trabajo organizativo. En los procesos de intervención no siempre se construyen relaciones horizontales; en el caso presentado sí se fomentaron y un indicador fue que el PADSUR planeó con las participantes actividades y metas. A partir de las necesidades identificadas por ellas se formularon los objetivos de trabajo; un proceso participativo donde todos compartían una perspectiva sobre cómo y hacia dónde querían llevar el proceso.

La intervención trajo cambios positivos en las participantes y sus familias, pero esa nueva actividad también tuvo una contraparte, porque les ha generado cansancio y preocupaciones constantes. Este cansancio es producto

de un sistema de género tradicional que enfatiza el cumplimiento de roles reproductivos de las mujeres, y que participar en los mercados de trabajo no las exime de ellos. Incluso con sus dobles jornadas las mujeres están, en sus propios términos, “saliendo adelante”, porque satisfacen demandas económicas de la unidad doméstica por medio de los ingresos que vienen del grupo. “Salen adelante” a través de estrategias que consisten en delegar responsabilidades reproductivas a otras mujeres y, en otros casos, asumirlas ellas mismas; a pesar de todo esto, les resulta importante contribuir al bienestar familiar.

Finalizamos señalando que, tal y como se ha discutido en la literatura, los aportes económicos y la misma experiencia que las señoras continúan obteniendo son fundamentales para avanzar en el tema de equidad de género. Aportar económicamente al hogar les permite mayor autonomía, menos dependencia del esposo y más confianza en sí mismas (Cervera y Terán, 2002: 151-152; Rojas *et al.*, 2010). Esto podría llevar a que en un futuro las voces de esposas y esposos estén presentes por igual en el análisis de situaciones familiares, y sus discursos sean reflejo de equidad y decisión sobre lo que consideren mejor para ellas, ellos y sus familias.

Bibliografía

- Aguilar, Wiliam *et al.* (2008), “Tejiendo sueños y tiñendo fracasos: experiencias de mujeres artesanas en una comunidad maya en Yucatán, México”, en *Estudios sociales*, núm. 32, México: Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C.
- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, España: Anagrama.
- Canabal, Beatriz (2006), “‘Y entonces, yo me quedé a cargo de todo...’ La mujer rural hoy”, en Canabal, Beatriz *et al.* (coords.), *Diversidad rural. Estrategias económicas y procesos culturales*, México: Plaza y Valdés Editores, UAM-Xochimilco.
- Cárcamo, Naima *et al.* (2010), “Género, trabajo y organización. Mujeres cafetaleras de la unión de productores orgánicos San Isidro Siltepec, Chiapas”, en *Estudios Sociales*, núm. 36, México: Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C.
- Castillo, María Teresa, María Dolores Viga de Alva y Federico Dickinson (2008), “Changing the culture of dependency to allow for successful outcomes in participatory research: Fourteen years of experience in Yucatan, Mexico”, en Reason, Peter y Bradbury, Hilary (eds.), *The Sage Handbook of Action Research. Participative inquiry and practice*, London: Sage Publications.
- Cervera, Gabriela (1998), “Proyectos para mujeres, proyectos de mujeres: dos estudios de caso en Michoacán”, en Mummert, Gail y Ramírez, Luis (eds.), *Rehaciendo las diferencias. Identidades de género en Michoacán y Yucatán*, México: Colmich y UADY.
- Cervera, María Dolores y Silvia Terán (2002), “Primer congreso de mujeres mayas: una experiencia de empoderamiento”, en De Pauli, Liliana (ed.), *Mujeres: empoderamiento y justicia económica. Reflexiones de la experiencia en Latinoamérica y el Caribe*, México: Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer.

- Chablé, Elías *et al.* (2007), “Fuentes de ingreso y empoderamiento de las mujeres campesinas en el municipio de Calakmul, Campeche”, en *Política y cultura*, núm. 28, México: UAM-Iztapalapa.
- Enríquez, Mónica *et al.* (2003), “Proyectos productivos para mujeres: discursos y experiencias”, en *Convergencia*, núm. 32, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Fisher, Julie (1993), *The road from Rio. Sustainable Development and the Nongovernmental movement in the Third World*, Connecticut: Praeger.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2007), “Trabajo extradoméstico y relaciones de género: una nueva mirada”, en Gutiérrez, María (comp.), *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- García, Joaquín y Guillermo Mondaza (2002), *Jóvenes, Universidad y compromiso social. Una experiencia de inserción comunitaria*, España: Narcea ediciones.
- González, Soledad (2002), “Las mujeres y las relaciones de género en las investigaciones sobre el México campesino e indígena”, en Urrutia, Elena (coord.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*, México: Colmex.
- Gutiérrez, Frank (2006), “Desarrollo local-endógeno y el papel de las universidades en la formación de cultura emprendedora e innovadora en territorios sociodeprimidos”, en *Laurus, Revista de Educación*, núm. 22, Venezuela: Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- Gutiérrez, Natividad (coord.), *Mujeres y nacionalismos en América Latina. De la independencia a la nación del nuevo milenio*, México: UNAM.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2011), *Censo de población y vivienda 2010*, México: Inegi.
- Kabeer, Naila (1998), *Realidades trastocadas. La jerarquía de género en el pensamiento del desarrollo*, México: Paidós, IIEC, PUEG, UNAM.
- Labrecque, Marie (2009), “Campesinas, amas de casa y obreras yucatecas: la colonización del espacio cotidiano”, en Sesia, Paola y Vázquez, Verónica (coords.), *Viejas y nuevas problemáticas en torno al género, la etnia y la edad*, México: AMER, Conacyt.
- Lazos, Elena (2004), “Mujeres nahuas en lucha: pequeños espacios, grandes carencias”, en Martínez, Beatriz (2000), *Género, empoderamiento y sustentabilidad. Una experiencia de microempresa artesanal de mujeres indígenas*, México: GIMTRAP.
- Martínez, Luz *et al.* (2005), “Género y poder en tres organizaciones rurales de la región lagunera”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 67, núm. 2, México: UNAM.
- Paré, Luisa y Elena Lazos (2003), *Escuela rural y organización comunitaria: instituciones locales para el desarrollo y el manejo ambiental*, México: UNAM, IIS y Plaza y Valdés.
- Pérez, María y Verónica Vázquez (2009), “Familia y empoderamiento femenino: ingresos, trabajo doméstico y libertad de movimiento de mujeres chontales de Nacajuca, Tabasco”, en *Convergencia*, núm. 50, México: UAEM.
- Programa Académico de Desarrollo Sustentable en el Sur de Yucatán (2006), *Documento del área de empresas sociales*, documento inédito.

- Ramírez, Luis (1998), “Conclusiones. La invención del tiempo: la identidad femenina entre el trabajo y la casa”, en Mummert, Gail y Ramírez, Luis (eds.), *Rehaciendo las diferencias. Identidades de género en Michoacán y Yucatán*, México: Colmich y UADY.
- Rejón, Lourdes (1998), “Mujer maya, mujer bordadora. Las cooperativas de artesanas en el oriente yucateco”, en Mummert, Gail y Ramírez, Luis (eds.), *Rehaciendo las diferencias. Identidades de género en Michoacán y Yucatán*, México: Colmich y UADY.
- Rojas, Coral *et al.* (2010), “Artesanas mixticas, estrategias de reproducción y cambio”, en *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 31, México: UDG.
- Rosales, Margarita y Amada Rubio (2005), “Organizaciones mayas para el desarrollo en el sur de Yucatán”, en *Estudios de cultura maya*, vol. xxxv, México: UNAM.
- Rowlands, Joanna (1997), “Empoderamiento y mujeres rurales en Honduras: un modelo para el desarrollo”, en León, Magdalena (comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Colombia: Tercer Mundo.
- Rubio, Amada y Margarita Rosales (2008), “La organización de las mujeres indígenas y el desarrollo comunitario en el sur de Yucatán”, en Pacheco, Jorge *et al.* (coords.), *Investigación y Sociedad 3. Las ciencias de la salud y las ciencias sociales en el marco de los procesos de cambio y globalización*, México: UADY.
- Ruz, Mario (2002), “Los mayas peninsulares”, en Ruz, Mario (coord.), *Los mayas peninsulares. Un perfil socioeconómico*, México: UNAM.
- Talamante, Cecilia, Gloria Careaga y Lorenia Parada-Ampudia (1994), “¿Es la cooperación para las mujeres?”, en Alatorre, Javier *et al.* (coords.), *Las mujeres en la pobreza*, México: Colmex y GIMTRAP.
- Zapata, Emma y Blanca Suárez (2007), “Las artesanas, sus quehaceres en la organización y el trabajo”, en *Ra Ximhai. Revista de Sociedad, Cultura y Desarrollo Sustentable*, núm. 3, México: UAIM.

Recursos electrónicos

- Arzaluz, Socorro (2005), “La utilización del estudio de caso en el análisis local”, en *Religión y sociedad*, núm. 32, México: El Colegio de Sonora. Disponible en: <http://lanic.utexas.edu/project/etext/colson/32/4araluz.pdf> [5 de junio de 2010].
- Fernández, Flory (2002), “El análisis de contenido como ayuda metodológica para la investigación”, en *Ciencias sociales*, núm. 96, Costa Rica: Universidad de Costa Rica. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=15309604> [19 de julio de 2010].
- Lendechy, Ángel (2010), *Sistematización del proyecto “rescate y desarrollo de los recursos naturales del solar”. Una experiencia interinstitucional*. Disponible en: <http://www.redlayc.net/PDF/sistema/uady-mx.pdf> [7 de marzo 2011].

Amada Rubio Herrera. Doctorante en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, Maestra en Ciencias en la Especialidad de Ecología Humana, Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del IPN

(Cinvestav), Unidad Mérida, Departamento de Ecología, Humana. Líneas de investigación: relaciones de género, grupos productivos femeninos y unidad doméstica. Publicaciones recientes: Amada Rubio Herrera y Margarita Rosales González, “La organización de las mujeres indígenas y el desarrollo comunitario en el Sur de Yucatán”, en Jorge Pacheco *et al.* (coords.), *Investigación y Sociedad 3. Las ciencias de la salud y las ciencias sociales en el marco de los procesos de cambio y globalización*, Universidad Autónoma de Yucatán (2008); Margarita Rosales González y Amada Rubio Herrera, “Entre la modernidad y la tradición: manejo de recursos en común y empresas sociales en comunidades mayas del sur de Yucatán”, en Jesús Lizama (coord.), *El pueblo maya y la sociedad regional, perspectivas desde la lingüística, la etnohistoria y la antropología*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad de Oriente (2010); Margarita Rosales González y Amada Rubio Herrera, “Apicultura y organizaciones de apicultores entre los mayas de Yucatán”, en *Estudios de Cultura Maya*, vol. xxxv, México: Universidad Autónoma de México (2010).

María Teresa Castillo Burguete. Doctora en Antropología, Cinvestav, INP, Unidad Mérida, Departamento de Ecología Humana, Estancia sabática en la Universidad de Loughborough, Reino Unido. Líneas de investigación: relaciones de género, procesos comunitarios participativos, educación formal, informal y desarrollo rural; percepción y manejo de recursos naturales en ejidos costeros. Publicaciones recientes: María Teresa Castillo Burguete, María Dolores Viga de Alva y Federico Dickinson, “Changing the culture of dependency to allow for successful outcomes in participatory research: Fourteen years of experience in Yucatan, Mexico”, en Bradbury H. y P. Reason (eds.), *The Sage Handbook of Action Research*, London: Sage Publications (2008); Jessica Méndez Contreras, Federico Dickinson and Teresa Castillo Burguete, “Community Member Viewpoints on the Ría Celestún Biosphere Reserve, Yucatan, Mexico: Suggestions for Improving the Community/Natural Protected Area Relationship”, en *Human Ecology* (2008); Federico Dickinson, Dolores Viga, Ivette Lizarraga and Teresa Castillo, “Collaboration and conflict in an applied human ecology project in coastal Yucatan”, en Special edition on Biological Reserves in Mexico, *Landscape and Urban Planning*, Elsevier Publications (2006).

Recepción: 15 de julio de 2011.

Aprobación: 17 de enero de 2013.